

que ésta pueda servir a un fin que en verdad es el opuesto al principio mismo de la justicia social.

EL "COMO" Y EL "POR QUE"

La cuestión de lo que haya de hacerse no es la única que importa cuando el punto del programa es la acción mutua y concertada de los Estados Unidos y la América Latina hacia el desarrollo económico y social. Ni siquiera la cuestión de cuánto haya de hacerse abarca por completo el asunto. Las respuestas a las cuestiones "por qué" y "cómo" son de pareja importancia. La respuesta que se dé a la pregunta "por qué" será la demostración de la sinceridad de los Estados Unidos.

Norteamérica debe prestar "ayuda" a la América Latina porque hacerla es su deber. Y ¿por qué es un deber? Nuestro Canciller, Dr. Aristides Calvani, en discurso pronunciado el 6 de octubre del presente año ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, lo expresa con claridad convincente:

"Más aún. En el seno de los países desarrollados, los sistemas impositivos —cualquiera que sea la forma que revistan— hacen recaer, ordinariamente, el peso de las cargas fiscales sobre quienes más poseen. A estas naciones, el sistema parece lógico cuando se trata del propio país, y es exacto, pues corresponde a una norma de justicia social y distributiva."

"¿Por qué no aplicar el mismo principio a las relaciones internacionales? ¿Por qué dos pesas y dos medidas? ¿No se trata, acaso, de la misma Justicia Social traída a nivel de las relaciones entre países? ¿Por qué lo que tiene vigencia en las economías nacionales no lo ha de tener en la economía internacional? El resultado sería radicalmente distinto, pues mal puede calificarse de 'ayuda' algo que constituye un deber. Las riquezas de los países desarrollados hunden sus raíces en la pobreza de las naciones en desarrollo. Así, pues, en el orden internacional, aquéllos —en el estricto sentido de justicia— tienen deberes como éstos. No se trata, pues, de concesiones, sino de obligaciones."

"Permítasenos una observancia complementaria. La ausencia de un criterio de Justicia Social en la política de ayuda al desarrollo conduce, con frecuencia, a reforzar estructuras injustas en los países en vías de desarrollo."

De manera que la causa de la justicia social es ciertamente una buena causa porque es un deber, una obligación. Posee un valor primordial porque condiciona la vida del hombre como hombre. Este puede vivir como persona o como homínido; y hay pueblos enteros que quieren lograrlo, pero no pueden. Se los adjetiva subdesarrollados; término que entraña la realidad repugnante de la esclavitud y su miseria.

"ESPERANDO"

"En realidad, haberle concedido a Beckett el premio Nóbel es uno de esos absurdos que se tienen que aceptar porque sí. Beckett representa la asfixiante inutilidad de todas las actitudes posibles ante la muerte, captadas con humor y frustración...; representa visiones de vida y de muerte tenidas desde lo profundo del subjetivismo, del egocentrismo más descarnado y genial. Beckett es, sin ir más lejos, la disolución de Occidente, el pesimismo llevado al extremo en que se troca insensiblemente en comedia macabra, rictus, inercia." (Carlos Ramírez Faría: Revista Momento, 9-11-1969.)

Para leer a Beckett nos tiene que gustar la metafísica. Es un obstinado intelectual. Sólo escribe para públicos selectos, preocupados por el destino del hombre. Tímido, introvertido, taciturno, este irlandés renegado ("prefiero Francia en guerra a Irlanda en paz"), plantea, a través de la novela y el drama, los problemas filosóficos de la vida que se desangra en un tiempo inaprehensible, en un espacio hermético y en una sociedad donde cada hombre es lobo de su prójimo.

Beckett es un autor difícil, pan duro, sin levadura. Quizá por eso, uno de los Premios Nóbel más desconocidos en América. Beckett aburre, obliga a pensar, a bucear en las profundidades esenciales del hombre. Estos detalles le cortan el mercado de los burgueses satisfechos, de las marionetas humanas. Tampoco es apto para la juventud, sobre todo para los destinados desde el vientre materno a mariposear superficialmente por la vida entre acaramelados placeres, enfermizas emociones y remilgados esfuerzos. Beckett, ciertamente, no será bocado para estos pequeños epicuros.

Su teatro no es comunicativo, ni documental. En sus obras "no pasa nada". Ni siquiera induce a la protesta o al compromiso. Mata la expresividad de la palabra y su valor significativo para demostrar que la vida está vacía, carente de voz, de signo y de historia. El hombre es palabrería incoherente que no significa nada, no tiene un destino ni una vocación. El hombre no es explicable ni realizable, ni mucho menos trascendente. "Pasión inútil", compás de espera. Y nada más. Beckett huele ciertamente a existencialista, a vacío de "night club". Su nombre quedará ligado al Teatro del Absurdo, que concibe al hombre como un jeroglífico petrificado en un espacio temporal que estrangula la libertad.

A GODOT"

SAMUEL BECKETT: PREMIO NOBEL DE LITERATURA 1969

e. Vilda

Sin demagogia, con frases descoyuntadas y diálogos ilógicos e inexpresivos, Beckett ha creado un teatro de protesta, menos ruidoso, pero tan estruendoso como el de Peter Weiss con su "Marat Sade". Además, el eco de su protesta no agoniza en el horizonte social. No denuncia que el hombre carezca de un techo o un salario justo. Rema más adentro. Protesta, sencillamente, de que el hombre sea esencialmente hombre y no Dios; de que la condición humana sea espacio temporal y no eterna e infinita. Aquí radica la angustia: en que queremos ir más allá y no podemos lograrlo. Por eso existen razones positivas para colgarse de un árbol como insinúan Vladimiro y Estragón en "Esperando a Godot". Aparte de esto, Beckett, en su vida privada, es un burgués que gusta del sol mediterráneo y de las siestas prolongadas por el sopor de unas copitas de "ñapa". Pasa en cama la mayor parte del día. Su drama más divulgado es "Esperando a Godot". Sobre él baso esta crítica de Beckett.

LA VIDA: UNA ESPERANZA ABSURDA

Los cinco personajes son hombres. Uno de ellos, un muchacho, agota su papel con una esporádica intervención. Incluso carece de nombre. Otro, el sumiso Lucky, vive muriendo; habla una sola vez. Espeta un monólogo de tres páginas, incoherentemente babélico. El dominante y agresivo Pozzo gruñe, refunfuña y grita, pero no actúa, no piensa ni esclarece nada. En definitiva, toda la palabrería de la obra sale de la boca de Vladimiro y Estragón. Son dos pícaros charlatanes de la escuela estoico-cínica. No actúan. Hablan. Retuercen las palabras hasta lucubraciones sofistas, huécas, soldadas en un diálogo de latonería estrepitosa.

"Beckett es uno de los profetas del absurdo... Uno de los escritores más escépticos de este siglo de descreídos." (J. A. Rial)

"La obra de Beckett, adoptando nuevas formas en el teatro y la novela, eleva la condición vacía y absurda del hombre." (Academia Sueca.)

"Estoy loco de rabia. La Academia sueca se ha cubierto de ridículo, se ha deshonrado por esnobismo y por el deseo de estar en la corriente del día. Ahora comprendo por qué Sartre rechazó el Nóbel." (Marcel Achard, académico francés.)

Estragón y Vladimiro representan dos payasos ("clowns") en un papel serio. A través de sus incongruencias y diálogos estrambóticos, vestidos con ropa y calzado de circo, anchote y anticuado, desenmascaran al hombre tal como es, sin el atuendo alienante que le camufla. En Vladimiro y Estragón vemos al hombre sin guantes ni caretas, de cara a su finitud, frente a su contingencia, inseguro, torturado, hoy como ayer, amenazado a cada instante por la cicuta de la muerte. Esta es la autenticidad humana, la genuina, esencia del hombre: ser para la muerte, sin saber dónde, por qué, cuándo ni cómo. Vivimos para caer en brazos de la "nada". Por eso carecen de ilusiones. Aceptan su condición y esperan se cumpla la sentencia. ¿Qué hacen mientras? No hay nada que hacer. Esperan a Godot. Es decir, a nadie.

Once veces a lo largo del drama repiten la justificación de la grisácea oquedad de sus vidas: "Estamos esperando a Godot." La vida es una esperanza absurda:

"Es verdad que si pesamos el pro y el contra, de brazos cruzados, honramos igualmente nuestra condición. Tenemos que preguntarnos qué hacemos aquí: estamos esperando a Godot. —Es verdad. —O a que caiga la noche. Hemos acudido a la cita y punto final. No somos santos, pero hemos acudido a la cita." (pág. 129)

Ignoran, de hecho, qué y a quién esperan. Sólo saben que se llama Godot. Esto les basta. Mientras llega, nunca llegará, viven en un adviento de pasividad agobiante. Llegan al despojo total; renuncia absoluta al pensamiento y a la acción. Una postura en la que se vive una existencia sin atributos. Inmanencia pura. El minimum vital con el único recurso de la palabra sin carga comunicativa:

"Podemos esperar... Basta de inquietudes. Sólo hay que esperar. Estamos acostumbrados." (pág. 65)

No piden nada; ni necesitan nada. La vida es un viaje sin equipaje. Cinco veces, en ocasiones distintas, pregunta Estragón a Vladimiro:

"¿Por qué no dejas el equipaje en el suelo?"

No es extraño que se arrepientan de haber nacido (pág. 21). La vida les resulta incolora, inodora e insípida. Es un "estar" sin circunstancia, una presencia sin irradiaciones. Un regreso al Pre-Génesis cuando la acción no era aún palabra en la boca creadora de Dios. Existencia sin connotaciones adyacentes. Un esfuerzo metafísico por arrancar la esencia de la existencia. Vladimiro y Estragón esperan, es decir, son personajes sin destino, sin peripicias, sin despojos. Están; no saben dónde ni cómo. No pueden, siquiera, afirmar su existencia cartesiana porque no piensan.

Son esperanzas de nada; esperanza estrangulada en el amanecer de la vida. Recusan cualquier adjetivo, puesto que toda actividad tiene un destino y la finalidad implica un dominio de la meta sobre el hombre. La vida es absurda porque no eligieron ellos su vida ni tampoco elegirán ellos su muerte: traspies de la existencia en la grieta secreta del tiempo.

"Esperando a Godot" es la dramatización del hombre que sufre por su imposibilidad de ser total y libre y de llegar a ser destino no acechado por la zancadilla de la muerte.

LOS GODOT DE NUESTRA ESPERANZA

Vladimiro y Estragón protagonizan un perpetuo adviento. Pero ¿a quién esperan? ¿Quién es el misterioso Godot? ¿Un recuerdo del enigmático juez creado por Kafka en "El proceso"?

Godot no se identifica. Se mantiene en penumbra como presencia lejana que crea en los protagonistas un "estado anímico" de anhelo marchito. ¿Es una reminiscencia de Dios? ¿Es el fantasma de la Muerte concebida como liberación y catarsis? ¿Es la fe perdida que bulle ahora como nostalgia, como rescate que no llega? En efecto, Godot no acude a la cita. Quizá intencionalmente sea un sucedáneo del Dios: cuáquero en el que creyó Beckett durante su infancia y adolescencia. En este caso, Godot sería la liberación religiosa del hombre adulto. La pantomima caricaturizada por Beckett para desacralizar y ridiculizar al cristianismo. Una mascarada de la fe. Una prueba de que el hombre vive desvalido, sin muletas escatológicas. Godot concluye que el hombre muere esperando inútilmente. La fe no es más que un compromiso unilateral firmado en el vacío. La humanidad no tiene promesas en que creer.

Pero ¿qué pruebas presenta Beckett para que aceptemos el triste y negativo Godot y rechacemos el mesiánico y promisorio Yavé bíblico? Aquí radica la incongruencia de todos los agnósticos: en que pretenden destruir todos los mitos alienantes, pero nos postran ante ídolos peores: el Pessimismo, la Tristeza, la Desesperación.

Beckett rechaza al Dios cristiano. En parte lleva razón. Predicamos aún un Dios vertido a través de una liturgia cargada de símbolos que agotaron su significado en la Roma imperial. Un Dios solemne, de basílica o de catedral y no de fábrica o de oficina. Nuestro Dios no ha estado en la luna quizá porque no hemos sabido tejer la escafandra que necesita. Cada generación histórica modela la imagen divina con signos característicos de la época. Es significativo que la Edad Cósmica hable de "la muerte de Dios". Quizá porque ya no significa nada para el hombre del siglo XX la representatividad gráfica o valorativa que aún conservamos de El.

Se nos muere Dios, en nuestros brazos cristianos, porque hemos dejado que se desmoronen los atributos que le adhirieron otros períodos históricos y no hemos sabido actualizarlos. Es fácil convertir el rito y la costumbre en creencia, adorar el vestido de turno y olvidar la persona porque es inaprehensible. Es fácil aceptar al Dios de nuestra rutina sin mover la ceniza de la modorra que le convierte en un mágico Godot. La desnudez humana a la que nos conduce Beckett nos plantea el desafío de predicar la epifanía de Dios a la medida de los hombres del siglo XX.

Se nos muere Dios y se hace Godot en la pluma de Beckett o en la lengua de Gagarín. ¿Será porque no hemos restaurado aún su imagen? ¿Será porque hemos embalsamado la teología y la hemos convertido en momia? Cuando la Teología plantee la ecuación que resuelva el misterio del hombre contingente en el misterio del Dios eterno, el siglo XX volverá sus ojos a lo alto. Hablo de ecuación. No en vano vivimos una época matemática.

EL ABURRIMIENTO DE LA ESPERANZA

No es extraño que para Vladimiro y Estragón la expectativa se convierta en tedio:

"Entretanto, no pasa nada. —¿Se aburre? —Más bien. ¿Y usted, señor? —No lo encuentro divertido." (pág. 66)

¡Evidente! Godot tiene prosélitos. Existe una juventud y también una senectud que masoquiza su espíritu con la filosofía de "buenos días, tristeza" y de "una cierta sonrisa" muerta en los labios. Esquiva los problemas humanos y se aburren y se fatigan de no hacer nada. Almas enanas que defienden la amargura y la pasividad como actitudes ortodoxas. Buhos que se acurrucan en los sobacos de la existencia y se hastían porque viven a oscuras, en las galerías del averno.

Este aburrimiento beckettiano brota de una "aurea mediocritas". Ningún inquieto o pobre se aburre porque siempre le queda o aspira a un chance, a una sorpresa, a un último peldaño. El "tedium vitae" es enfermedad burguesa.

"¿Qué puedo hacer, he aquí lo que me digo, para que el tiempo parezca menos largo?" (66)

Los protagonistas de "Esperando a Godot" se aburren, como los jovenzuelos de melena larga. Son hombres derrumbados. Parece que sólo aburridos se encuentran bien. Gozan al reconocer que sus vidas son dos enormes huecos. El "no haber hecho nada" es un orgullo y un mérito. Juegan a ser absurdos, pero el juego se convierte pronto en drama:

"Otro día que nos hemos quitado de encima." (96)

Tampoco piensan. ¿Para qué? Los razonamientos no dan al hombre peso específico ni cordura. Además, no lo desean:

"¿Quiéren ustedes que piense alguna cosa? —Preferiría que bailases. —Sería más divertido." (67)

El hombre normal prefiere la luz a las tinieblas, pero los adoradores de Godot ansían la noche: "¿No llegará nunca la noche?" (61) Flotan, como corchos, en un aburrimiento gris de amanecer lluvioso, despreocupados como un lánguido e improvisado concierto de jazz.

Cuando Dios nos parece un muñecote vacío, cuando la vida ya no sabe a nada, el hombre se aburre. No sé si hemos sabido predicar "al Dios de nuestra alegría". Sospecho que el Dios que ofrecemos a los hombres tiene una imagen muy vieja y aburrida.

NO HAY NADA QUE HACER

Como si el mundo fuera ya perfecto. Como si la justicia fuera ya una realidad social. Como si la paz, la alegría, la cultura y la fe que infunde esperanza fuera ritmo en los corazones de todos los hombres. "No hay nada que hacer." Es la primera frase del drama. Con ella Beckett se identifica, nos ambienta y declara su pesimismo: Y lo repite en varias ocasiones para remachar su regodeo:

"Y entonces, ¿qué hacemos? —No hay nada que hacer." (111) Y poco después: "Dime qué hay que hacer. —No hay nada que hacer." (121)

A esta ascética conduce la fe en Godot. Que piensen otros; que planifiquen los demás. No vale la pena hacer esfuerzos. El mundo no tiene salida. El desarrollo es también un mito. Mendigo; me cruzo de brazos; soy libre. No me muevo porque "estoy esperando a Godot" (25). Así justifican Vladimiro y Estragón su descarga vital.

No vale la pena matarse por la vida. Al fin y al cabo la existencia no es más que un ir poquito a poquito hacia el invierno, hacia una larga tristeza, hacia la madre tierra que acunará nuestro esqueleto, hacia los brazos largos de la soledad:

"No hagamos nada. Es lo más prudente. —Esperemos a ver qué nos dice. —¿Quién? — Godot. Tengo mucha curiosidad por saber qué nos va a decir. —Diga lo que diga no nos compromete a nada." (32)

La vida sin ilusiones; sin sorpresas; sin cambios de estaciones. Un dejarse llevar. Rechazo de la participación activa en el desarrollo humano:

"Ya tendría que estar aquí. —Nos aseguró que vendría. —¿Y si no viene? —Volveremos mañana. Y después pasado mañana. —Tal vez. Y así sucesivamente. Es decir, hasta que venga." (26) Y poco después: "Y ahora ¿qué hacemos? —Esperamos. —Sí, pero mientras esperamos... ¿Si nos ahorcásemos?" (30)

Es también significativo que Vladimiro y Estragón permanezcan en escena casi siempre sentados o tumbados. Igualmente, el adverbio de negación "no" se repite continuamente. No puedo, no veo, no sé, no hay nada, son respuestas frecuentes:

"¿Dónde estamos? —¿No será...? —No sé. No lo conozco. —¿A quién se parece? —No es posible describirlo. No se parece a nada. No hay nada." (140)

"No recuerdo haber encontrado a nadie ayer. Pero mañana no recordaré haber encontrado a nadie hoy. Así que no cuente conmigo para informarse." (143)

"Aquí ya no tenemos nada que hacer. —Ni en ninguna otra parte." (88)

La "nada" es el destino del hombre. No hay indulto para él; tampoco promesas. La primera frase del drama es "no hay nada que hacer". La última: "no se mueven". Después cae el telón, cerrando un ciclo de esperanza marchita. Beckett ha querido "pesar la ausencia en una balanza, transcribir la nada en palabras". (Le Monde)

HASTA EL ANONADAMIENTO TOTAL

Beckett abre en la primera parte del drama un postigo de acuciante expectativa. Parece el prelude irisado de una noticia salvadora, de un acontecimiento mesiánico. Dos profetas con voz de niño anuncian que Godot se preocupa de Vladimiro y Estragón. Aseguran que vendrá en algún atardecer para conversar con ellos. Una ilusión alegre salpica el diálogo seco y lacónico de los dos mendigos. El arco iris es momentáneo. Muy pronto, Beckett agosta con regodeo la esperanza en flor.

Es peligroso soñar con espejismos, nos dice. Es imposible la trascendencia. Más allá de la muerte se rompen las afirmaciones de la fe. Es preferible desnudarse, despellejar el instinto de conservación. Y permanecer como somos, sin atavíos, sin equipaje, sin muletas. La vida no nos ofrece asideros ni arraigo. Somos seres portátiles hasta el día que caemos en la zanja y quedamos yertos. Somos "seres imposibles", larvas sin posibilidad de ser. Antes del Génesis, la nada. Después del Apocalipsis, la nada. En medio, el éxodo.

Beckett es venenosamente masoquista. Zarandea al hombre con sadismo irritante. Como un gato que juega con la rata destinada a sus fauces después que se divierte con ella un poquito. Humor cruel, ironía malvada que proviene de un Beckett cuáquero en la infancia y escéptico empedernido en la madurez.

Los cuatro actores son conscientes de su situación absurda. Y aceptan estoicamente su desamparo total. Hallan un cierto placer en su tragedia. Desahogo en la aceptación de su indigencia. Es un masoquismo que mata incluso la veta del amor. En "Esperando a Godot" no hay cariño. Ni siquiera un sentimiento afectivo. A lo más, un deseo erótico homosexual.

Cuando cae el telón Vladimiro y Estragón han cumplido la tarea: esperaron a Godot. Inútilmente. Ya lo sabían. Pero ellos no por eso faltaron a la cita. Desprovistos de esperanza, de fe. Sabiendo que su destino era la nada. La vida continuará para otros. Da lo mismo. Todo seguirá igual; aunque falten ellos y tantos como ellos. Y aquí no ha pasado nada.

CONCLUSION: EL HOMBRE NO VA; ES DIOS QUIEN VIENE.

Beckett no será "best-seller" en América. A pesar de su Premio Nóbel. No debemos lamentarlo. La problemática pesimista de la cansada y retorcida Europa no entronca dentro de la expectativa del Nuevo Mundo. Necesitamos un impulso. La esperanza como rampa. El pesimismo humano es consecuencia de un reto no aceptado. Brota de una infidelidad, de un no acabar de aceptar la trascendencia. El pesimista renuncia al futuro. Y nosotros creemos que América no es, pero esperamos que sea.

Sin embargo, Beckett nos ayuda a conocer al hombre. Nos hace descender hasta el último peldaño de lo humano hasta pisar la frontera escalofriante del ser y la nada. Allí donde la vida es ya casi rictus. Pero donde él clava la estaca del "non plus ultra", el cristiano debe poner sólo una etapa. Aunque solamente fuera como hipótesis de trabajo saldría ganando.

Beckett será positivo para el cristiano insatisfecho, para quien Dios es siempre un misterio prolongado. La lectura de "Esperando a Godot" plantea a bocajarro el tema de la pervivencia humana y nos fuerza a considerar si los pasos del hombre en la tierra son huellas sobre arena movediza o zancadas que nos aproximan a Dios.

Beckett también lleva razón cuando recalca que el hombre no es creador de su trascendencia. No hay nada que hacer. No depende de él la eternidad. La trascendencia no es algo que el hombre adquiere; no es una conquista. Es un regalo.

No es el hombre quien va hacia Dios. Es Dios quien inunda al hombre. El futuro escatológico no comienza al final de la aventura humana, sino al comienzo de la venida ("adventus") del Señor. No surge después de la firma de un pacto bilateral o del cumplimiento de unas premisas. El hombre, es verdad, no posee razones ni obras que lo merezcan. Tiene el recurso de su palabra convertida en oración. Pero es Dios quien viene. El hombre no va. A lo más, "espera".